

escogidos atendiendo no á las circunstancias de lugar, sino á la nobleza de su mérito; de modo que todo príncipe que observe la justicia, sea cual fuere la nación á que pertenezca, es agradable á Dios y está designado para las más altas dignidades... Pues bien, el rey de Francia, que está adornado de un haz de virtudes, es elegible, aunque no sea alemán... Y como el imperio procede de Dios (de Dios procede, en efecto, todo poder), poco importa que sea de uno ú otro país aquel á quien se elegirá como emperador, con tal que sea virtuoso... Porque Dios no hace distinción de personas.»

Pero las opiniones del Consejo Real estaban muy divididas. Las personas de experiencia, y aun la misma Madama, no eran muy partidarias de la candidatura del rey y, aun en el caso de que saliese triunfante, no la consideraban útil á los verdaderos intereses de Francia; y eran muchos los que decían que el único punto esencial estribaba en impedir que fuera elegido Carlos, lo cual se lograría mejor presentando y apoyando á un alemán, fuese quien fuere. En realidad, hubo en Francisco I arrebato de juventud, ambición de príncipe envenecido con sus primeros triunfos y también temor de ver llegar á aquel colmo de grandeza al soberano en quien no podía resignarse á reconocer ni siquiera un igual.

Ni él ni Carlos supieron hasta el último momento á qué atenerse acerca de las verdaderas disposiciones de los Electores: el duque de Sajonia y el representante de Luis de Bohemia, menor de edad todavía, no habían abandonado ni por un momento su reserva; y el margrave de Brandeburgo, el arzobispo de Maguncia y el conde Palatino habíanse vendido varias veces ora al uno, ora al otro de los pretendientes. Los agentes de Carlos se sonrojaban de la bajeza de estos príncipes, pero añadían: «puesto que estamos metidos en el asunto, es menester seguir adelante y no hacer caso de su vergüenza.» Pero los príncipes vieron arrastrados por la opinión pública. El estado de Alemania habíase agravado aún durante los primeros meses del año 1519; en febrero, en vista de que el duque Ulrico de Wurtemberg había tomado y saqueado la ciudad libre de Reutlingen y se apercibía á invadir Baviera, los señores del Alto Danubio y del Alto Rin habían estrechado la liga llamada de Suabia y resuelto defenderse á sí mismos atrayendo á su servicio á Francisco de Sickingen. Francisco I, á quien se guardaba rencor por el apoyo que prestaba á Ulrico de Wurtemberg, fué abandonado por la mayoría de los príncipes renanos y luego por el mismo papa y por los cantones suizos, y á última hora, cuando era ya tarde, pensó en apoyar la candidatura del elector de Brandeburgo, mientras algunos alemanes proponían al rey de Inglaterra (1) y sobre todo al elector de Sajonia, que no aceptó.

La Dieta electoral estaba convocada para el mes de junio: Sickingen, con 24.000 hombres de la Liga Suabia, acampó en torno de la ciudad de Francfort, en donde aquélla debía celebrarse; otros príncipes se establecieron á pocas leguas de la misma, y Bonivet, que había hecho enviar á la frontera renana 800 jinetes, fué disfrazado y con nombre falso á Rudesheim, cer-

(1) Ricardo Pace, embajador de Enrique VIII, entregó á los electores una carta de su soberano en 11 de mayo de 1519.

ca de Francfort, para tratar de hacer cumplir su promesa á los electores que se habían comprometido con el rey de Francia. Mas como éstos habían también adquirido compromisos con el otro candidato, al verse en la necesidad de tener que faltar á su palabra, se inclinaron hacia aquel en favor de quien se decidía Alemania, y en 28 de junio Carlos fué proclamado rey de los romanos.

La noticia de la elección llegó á la corte de Francia el día 3 de julio, «y el rey, para distraerse algo y olvidar su melancolía, retiróse á Fontainebleau, en donde permaneció algún tiempo dedicado á la caza.» Según parece, dijo que, al fin y al cabo, su fracaso era mejor para él y para su reino: antes debiera habérselo dicho.

III.—Personalidad de Carlos V y papel que representó

Desde el momento en que se efectuó la elección imperial era inevitable la lucha entre Francisco I y Carlos V, es decir, entre las casas de Francia y de Austria; y, en efecto, la lucha comenzó casi inmediatamente y aun se prolongó después de la muerte del monarca francés y de la abdicación del rey de España, durante los reinados de Enrique II y Felipe II, hasta que en 1559 se firmó el tratado de Cateau-Cambresis. El período en que fué más encarnizada y en que parecía que había de ser decisiva fué el comprendido entre 1520 y 1530.

Carlos V era en todo diferente de Francisco I (2): era de estatura regular, bien formado y de robustos miembros, pero su rostro carecía de belleza y aun resultaba afeado por la prominencia de la mandíbula inferior cuyos dientes sobresalían encima de la superior. No desdeñaba ni descuidaba los ejercicios corporales, era excelente jinete, hábil justador, y ciertamente habría podido sostener el combate con Francisco I si el reto que le dirigió en 1528 hubiese terminado en duelo (3). Enamoradizo por naturaleza, tuvo algunas aventuras galantes; era también un gran comedor; pero no se dejaba dominar por los placeres materiales, sino que cifraba su ideal en la actividad de su inteligencia y sobre todo en el desenvolvimiento de su personalidad moral. En todo ponía empeño en reprimirse, en dominarse: cuando recibió la inesperada noticia de la victoria de Pavía, después de un instante de sorpresa, que no llegó á emoción, entró en su oratorio y permaneció en él más de media hora solo, dando gracias á Dios por el triunfo que acababa de obtener. Agradábase evidentemente mostrarse y tal vez creerse superior á los acontecimientos por grandes que éstos fuesen, y lo mismo que en la próspera conservaba en la adversa fortuna su sangre fría y su altiva actitud.

Su alma era naturalmente religiosa y no se limitaba á las prácticas de devoción sincera, tales como oír misa todos los días y comulgar con frecuencia, sino que se complacía en meditar sobre los misterios del dogma ó sobre el problema de la vida futura, en ponerse en contacto con Dios y en concentrarse dentro de sí mismo; era un verdadero místico. Por otra parte, tenía

(2) Véase nuestro estudio sobre la personalidad y el carácter de Francisco I, págs. 159-163.

(3) Véase más adelante, capítulo III, párrafo 2.º

una propensión natural á la melancolía y aun á la tristeza: muy joven todavía, en pleno triunfo y en medio de las alegrías de su casamiento con su joven esposa Isabel, á la que amaba apasionadamente, se recogía y gustaba de la soledad; y esta propensión se aumentó desde muy pronto por efecto de los males físicos, la gota y los dolores de estómago. En realidad, no tuvo juventud, pues antes de la enfermedad, los cuidados del poder y de la ambición habían comprimido evidentemente la expansión natural del temperamento en aquel hombre que, á los diez y nueve años apenas, aspiraba al imperio y lo conseguía, y que sentía sobre sí el peso del mundo y se creyó por un momento llamado á dirigirlo.

¿Fué la gravedad de los intereses que tenía á su cargo lo que le hizo indiferente respecto de los individuos? Sin ser malo ni cruel, tampoco fué bueno; los hombres no le inspiraron ninguna simpatía y jamás tuvo impulsos felices ni entusiasmos generosos. Cuando Francisco fué prisionero suyo, aplicó toda la lógica de la situación, con gran asombro del rey de Francia que, con su ingenuidad de niño mimado, se admiraba de que no le tratara como amigo, tal cual á él le agradaba serlo; y cuando después del tratado de Madrid fueron entregados en rehenes dos hijos del monarca francés, el emperador no se mostró nunca conmovido por la suerte de aquellos dos niños, de nueve años el uno y apenas de cuatro el otro, y los sometió á todas las leyes de la política y de la guerra. Con su madre Juana empleó una dureza implacable que la razón de Estado no excusa. Pero, por otra parte, como su espíritu era moderado, si su alma estaba seca, nunca se dejó llevar por su carácter hasta las crueldades que deshonraron el reinado de su hijo. Cierto que hubo suplidos en los Países Bajos, en parte convertidos al protestantismo, pero también los había en Francia y en otros países, y en cuanto á los autos de fe que se realizaban en España, de tal modo se habían identificado con las costumbres, que no había que pensar en suprimirlos.

Carlos V aplicó todas sus cualidades y todos sus defectos á la política, que ocupó toda la parte de su existencia que no consagró á los cuidados de su vida moral. Formal por naturaleza, trató formalmente la política sin querer dejar nunca cosa alguna á la casualidad: antes de acometer una empresa se la representaba hasta llegar á formular por escrito el pro y el contra de las decisiones que podían adoptarse, y si bien solicitaba pareceres, era siempre él quien resolvía. «No hay nadie tan grande ni tan sabio en su reino, escribe uno de sus agentes, que le haga mudar de opinión si no le parece que hay razón para mudarla. He conocido muchos príncipes de varias edades, pero no he visto ninguno que pusiera mayor esfuerzo á entender de sus negocios y que dispusiera de ellos más absolutamente que él.» Sus miras eran amplias y precisas; sus propósitos, de gran alcance; sus previsiones, profundas; era lento en ejecutar, pero la suerte adversa no le sorprendía ni le desconcertaba, porque de antemano había contado con ella. Sin embargo, su espíritu muy firme y muy resuelto en sus combinaciones, era más vacilante en la acción y, cosa extraña para quien no haya ahondado en

su carácter, sólo desperdició su buena suerte cuando alcanzó excepcionales victorias, sin duda porque su razón se había negado á preverlas tan grandes.

El hecho que imprimió su dirección á los sucesos fué especialmente la posesión del título imperial por Carlos V, quien tomó muy en serio su función de emperador y quiso cumplir todos los deberes de tal, pero, al mismo tiempo, hacer valer todos sus derechos. Considerábase como el representante y jefe moral de Europa y de muy buena fe creía que le tocaba, mejor dicho, que estaba obligado á hacer reinar la paz en ella; por esto en sus despachos y en sus cartas íntimas veremos repetida á menudo la frase «paz europea.»

Ahora bien, para él la Europa era esencialmente la *Cristiandad*, á la que se creía en el deber de defender contra los infieles de fuera, los turcos, y contra los infieles de dentro, los herejes; pero para que esta misión pudiera realizarse cumplidamente, era precisa una condición, á saber, la coronación por el papa (1), única cosa que añadía al título y al poder de hecho la consagración mística del derecho y que elevaba al soberano por encima de todos los demás príncipes. El emperador adquiría de este modo sobre Europa una hegemonía que, sin menoscabar la independencia de los soberanos, hacía de ellos subordinados suyos en los asuntos generales de la cristiandad; y esta idea aparece claramente manifiesta en los proyectos de cruzada, en los que aquel reclamaba siempre el papel de jefe y de generalísimo, como una prerrogativa naturalmente aneja á su título.

Pero el emperador era más particularmente el jefe de la nación germánica, y como tal, debía hacer reinar allí el orden así en las conciencias como en el gobierno, y reconstituir asimismo la integridad del imperio, reconquistando los territorios que desde la Edad media habían sido separados de él, obra á sus ojos de reparación, no de expoliación, ya que en su concepto no tomaba, sino que lo que hacía era recobrar.

En este sentido puede decirse que aspiraba á la monarquía universal (2). No pensó en reemplazar á los reyes en el ejercicio de sus soberanías particulares, sino que se creyó superior á ellos en su calidad de representante temporal de toda la cristiandad, y se consideró depositario de los intereses de ésta, lo cual era, en verdad, una pretensión muy grande y anticuada desde hacía muchos años. ¡Y aun agregaba á esto los derechos que, según decía, había heredado de sus antepasados españoles, austriacos ó flamencos!

Ahora bien, Carlos, que acabó por ser muy español, fué en un principio muy austriaco y sobre todo muy flamenco: nieto de Maximiliano y de María de Borgoña, considerábase preferentemente heredero de sus antecesores borgoñones, Carlos *el Temerario*, Felipe *el Bueno* y hasta Juan *Sin Miedo*.

Por esto la cuestión borgoñona dominará su política hasta 1529, en que sólo á la fuerza renunciará á perseguir la solución de la misma. Aquella cuestión era para él un asunto de familia y de honra, así es que en las ne-

(1) Por esto dió tanta importancia á ser coronado en 1530.

(2) Voltaire dijo algo de esto: «La idea de la monarquía universal que se atribuye á Carlos V es, pues, tan errónea como la que más adelante se imputó á Luis XIV. — Desempeñó siempre el primer papel en el teatro de Europa, pero siempre distó mucho de la monarquía universal.»

gociaciones preparatorias del tratado de Madrid exigirá el cumplimiento de las cláusulas del tratado de Arrás de 1435, que imponían a Carlos VII la obligación de erigir un convento y de hacer celebrar misas en memoria de Juan Sin Miedo y en expiación del atentado de Montreuil (1). Y tan clara fué para todo el mundo esta concepción, que los mismos franceses, al hablar de sus adversarios, decían los *borgoñones* en vez de decir los españoles, los flamencos ó los imperiales. Pues bien, la cuestión de Borgoña comprendía las contiendas relativas no sólo a Borgoña y a sus dependencias, sino también al Franco-Condado, a las ciudades del Somma, a Flandes y al Artois; respecto de esto, Carlos V era necesariamente enemigo de Francia.

Finalmente, como príncipe español, Carlos V reivindicaba el reino de Nápoles que en otro tiempo poseyó la casa de Aragón y se veía impelido a intervenir en todos los asuntos italianos, en lo cual también se ponía en pugna con Francia.

El título de emperador le servía en sus diferentes proyectos, porque ciertas provincias francesas habían formado parte del Imperio en otro tiempo, en el tiempo del célebre reino de Arlés, que no había desaparecido del todo hasta el siglo XIV; y Carlos, apegado siempre a las tradiciones y hábil, a la vez, para utilizarse de ellas, reanudará, por lo menos como teoría histórica, las pretensiones imperiales sobre el citado reino. Por otra parte, en Italia, el Milanesado, Mantua y el Monteferrato eran feudos imperiales sometidos a la investidura del emperador, y las guerras de Italia habían hecho revivir precisamente este derecho, habiéndose visto obligado Luis XII a pedir la investidura del Milanesado a Maximiliano (2).

De manera que el título imperial aumentaba el poderío de Carlos, pero al propio tiempo la magnitud de su poderío territorial añadía a aquel título una fuerza especial.

Bien es verdad que este poderío no era tan considerable como parecía, pues aunque Carlos poseía en Europa, en 1520, los Países Bajos (desde 1506), España, los reinos de Nápoles y de Sicilia (desde 1516), Austria, la Estiria, la Carintia y el Tirol (desde 1519), y además el imperio, las necesidades de su política le obligaron en 1521 a abandonar a su hermano Fernando los dominios austriacos, y aun de los bienes que le quedaban era preciso descontar casi Nápoles y Sicilia, cuya conquista vióse a menudo comprometida, y que sólo conservaba a fuerza de hombres y de dinero. España, que llegó a ser el fundamento sólido de su grandeza y que será la patria de elección de sus descendientes, era fuerte (3), pero se hallaba atrasada con relación al resto de Europa: el territorio estaba poco ó mal cultivado, y fuera de algunas grandes ciudades como Barcelona, Zaragoza, Toledo, Valencia, Granada y Sevilla (4), las demás eran sombrías y poco habitadas; los españoles no se dedicaban a los trabajos industriales ni a los estudios liberales, que dejaban para los extranjeros; eran ante todo soldados y ellos serán los que pronto llenarán las

(1) Véase en el tomo II el reinado de Carlos VII.

(2) Véase pág. 101.

(3) Véase págs. 76-77.

(4) Madrid no adquiere importancia hasta el fin del reinado.

filas de los ejércitos de Carlos, y aportaban a la guerra el valor, la astucia, una supervivencia del «espíritu púnico», como ha podido decirse, una pasión fría y sanguinaria y una codicia calculadora, pues el soldado español ofrecía la particularidad de saquear y no gastar su botín. Pero las ventajas que para Carlos podían resultar de la fuerza latente de España y de las costumbres guerreras de los españoles estaban singularmente debilitadas por el espíritu de particularismo y de libertad que reinaba en Castilla y más aún en Aragón. Hasta bastante tiempo después no existió un acuerdo perfecto entre Carlos y su pueblo.

La Flandes, muy rica, muy próspera todavía a principios del siglo XVI, fué leal al emperador, tanto que éste tomó de ella sus ministros, pero abrió muy poco su bolsa. Después, a medida que Carlos se hizo español, los flamencos se alejaron de él, llegando aquel desvío hasta la rebelión en 1539. Por otra parte, en los Países Bajos, como en España, había libertades con las cuales era preciso contar.

También Alemania tenía sus libertades, libertades de los príncipes y libertades de las ciudades, que aquella nación ponía empeño en conservar; así es que el emperador encontró allí incesantemente oposiciones que se complicaron con el problema del protestantismo. Su hermano Fernando le permaneció en extremo fiel, pero sólo podía serle útil negociando con los príncipes y con la Dieta, y únicamente a fuerza de consideraciones conservaron ambos cierta autoridad ó cierta influencia en el imperio.

Aquel soberano de tantos Estados fué un soberano pobre. Que los gastos de la elección imperial, valuados en un millón de ducados, agotaron su tesoro en 1519 y 1520 hasta el punto de no poder pagar los gastos corrientes de su casa y de verse obligado a solicitar empréstitos de Enrique VIII, de Venecia ó de los banqueros romanos, se comprendería, dado el excepcional esfuerzo financiero que había tenido que hacer; pero el caso es que nunca tuvo dinero: de Nápoles no sacaba nada y aun sucedió que la defensa del reino costó más de lo que producía; Castilla sólo daba 400.000 ducados limpios al año; y en cuanto a las posesiones de las Indias, no hay que olvidar que en 1519 el emperador no poseía casi nada fuera de las Antillas, y no sacaba de las minas de oro y plata del archipiélago más que unos 100.000 ducados. La conquista de México no comenzó hasta 1519-1520: en 1520 los emisarios de Cortés trajeron presentes cuya magnificencia asombró a los contemporáneos, y que consistían en un sol de oro y en una luna de plata; en 1522 hubo nueva remesa, pero dos de los buques que venían cargados de lingotes fueron apresados por los franceses (5), de suerte que la hacienda española estuvo una vez más a merced de un corsario ó de una tempestad. El Perú, ese gran depósito de metales preciosos, no fué propiamente invadido por Pizarro hasta 1534 y su posesión aprovechó durante mucho tiempo más a los aventureros españoles que al gobierno.

De modo que durante todo el reinado las empresas se vieron perpetuamente dificultadas, la situación estuvo comprometida y los triunfos resultaron vanos a

(5) Véase pág. 205.

causa de la penuria económica. Después de la brillante victoria de Pavía, Carlos no tenía 20.000 ó 30.000 ducados para pagar a sus tropas y más de una vez la suerte de Europa dependió de cantidades de esta monta.

Francisco I discernía perfectamente el punto débil de su adversario: «No temo al emperador, escribía en 1523, porque no tiene dinero,» y la siguiente carta, dirigida en 1520 a su embajador en Roma, es el propio juicio de la historia sobre el poderío de Carlos V:

«Y no debe temerse lo que decís de que tiene más que sus antepasados emperadores, porque estando sus territorios dispersos en distintos lugares y lejos unos de otros y de la obediencia y cualidad que cada uno sabe, se verá bastante apurado para dirigirlos y conservarlos sin buscar otra cosa; y por lo mismo que posee muchos bienes, toda su cuidado y toda su atención debieran ser vivir en paz. Por otra parte, harto comprenderéis que si todos los príncipes de la cristiandad entendieran que quiere ensancharse y comérselos uno después de otro, no lo sufrirían de ningún modo, antes bien, para librarse cada uno del peligro que pudiera sobrevenirle, se unirían juntos para hacerle volver a su casa. Y además de esto, los señores de Alemania que viven en la libertad que sabéis, no le querrían demasiado grande a fin de que no los sojuzgara.»

Con mucha exactitud se ha dicho que «la fuerza de Carlos fué siempre exactamente igual a su debilidad.»

En frente de estas fuerzas dispersas, la Francia del siglo XVI estaba vigorosamente concentrada. La autoridad real con sus excesos pudo haber suscitado descontentos y hasta movimientos de rebelión; pero nunca se vió realmente dañada ni amenazada siquiera; y en cuanto a recursos pecuniarios, Francisco I los tuvo en abundancia, y sus apuros se debieron a que con frecuencia los malgastó (1). Aun después de Pavía, cuando Carlos apenas podía pagar a sus soldados, la Regente pagaba regularmente en Francia a las tropas que regresaban de Italia.

Hasta 1525, el emperador, como veremos, tuvo más aliados que Francisco I: el rey de Inglaterra le fué favorable en un principio, y hasta cuando le abandonó, limitóse a combatirle diplomáticamente; los príncipes italianos mostráronse más vacilantes porque temían por igual a los dos adversarios, así es que antes de 1525 más bien se inclinaron a Carlos; desde 1525 a 1529, a Francisco, y después volvieron, más ó menos voluntariamente, a la alianza imperial. La lucha, en gran parte, se decidió por la intervención no de aliados sino de auxiliares, en un principio indirectos, de Francia, a saber: los reformados de Alemania que estorbaban a cada momento las combinaciones del emperador, y los otomanos que le atacaban ó amenazaban por el Este y por el Sur. Después de 1530, unos y otros entraron en relaciones más estrechas y más íntimas con Francia.

Es evidente que los diferentes Estados comprendieron desde el primer día que a todos interesaba directamente la lucha entre ambos príncipes (2); por esta ra-

(1) Sobre todos estos particulares véase libro IV, capítulo IV, en donde se publica el cuadro de los recursos de Francia y de las concepciones gubernamentales de Francisco I.

(2) Respecto del equilibrio europeo, de las nacionalidades, de la importancia del derecho de sucesión y del afán de matrimonios, véase págs. 100-108.

zón las guerras de Francisco I y de Carlos V contienen verdaderamente la historia de Europa durante la primera mitad del siglo XVI. No quiere esto decir, ni mucho menos, que estos dos soberanos sean las únicas personalidades dignas de atención, ó que no hubiera en aquella época acontecimientos importantes más que en Francia ó en España; quiere esto decir únicamente que la rivalidad entre el rey y el emperador encendió la lucha entre Francia, España, Italia, Alemania y Turquía, y sobre todo, que fué el palenque en que se discutieron los destinos de Italia, los del catolicismo y los de la cristiandad enfrente de los otomanos.

Eran estas otras tantas cosas nuevas a las cuales no correspondía ninguna teoría. Las antiguas doctrinas sobre la supremacía de los papas ó de los emperadores habían caducado y, a excepción de Carlos V, nadie las tomaba en serio; por otra parte, no se pensaba todavía en el derecho de las nacionalidades ni en la libertad de las conciencias, libertad y derecho que habían de surgir insensiblemente a medida que los pueblos se dieran cuenta poco a poco de los cambios que se producían. Aunque las pretensiones rivales se fundaran repetidas veces en derechos hereditarios, los matrimonios entre príncipes no tuvieron ya la importancia que en la diplomacia habían tenido durante todo el siglo XV y en los primeros años del XVI, porque la mayoría de las naciones estaban ya demasiado sólidamente constituídas para hallarse a la merced de un enlace matrimonial. También apareció entonces la idea de la necesidad de una cierta proporción de fuerzas entre estas naciones; pero la política del equilibrio europeo que parece haber sido un recurso inventado en aquella época, sólo aprovechó, como sucede, siempre a los pueblos fuertes, y el siglo XVI vió desaparecer la independencia de tres países: Italia, Bohemia y Hungría.

Es indiscutible que el poderío, las teorías y la ambición de Carlos eran temibles para Francia y que Francisco I merece elogios por haberlos combatido; pero lo que importa saber es si empleó los mejores medios para triunfar; si comprendió bien su papel, que consistía en defender la independencia de los demás al mismo tiempo que la suya propia, puesto que el poderío, las teorías y la ambición de Carlos eran también temibles para Europa; y si vió que los intereses de Francia estaban, más que en Italia, en el Norte y en el Este del reino.

CAPÍTULO II

PAVÍA Y MADRID

I. Diplomacia de Francisco I en 1520 y 1521. — II. Estalla la guerra. — III. Complet de Borbón. — IV. Campaña de Pavía. — V. Cautiverio de Francisco I y tratado de Madrid.

I.—Diplomacia de Francisco I en 1520 y 1521

Todo el mundo consideraba inminente la guerra; pero Francisco I y Carlos V presentaban de tal manera la gravedad de la misma, que intentaban cuando menos retardarla. Ya en el transcurso de las intrigas electorales, en mayo de 1519, de Boisy, embajador de Francisco I, y de Chievres, embajador de Carlos, habían celebrado conferencias en Montpellier sin lograr ponerse de acuerdo. En una nueva entrevista de enero de 1520, entre de